

LA DUQUESA DE SAGAN

ILDEFONSO ARENAS

LA DUQUESA
DE SAGAN



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: abril de 2014

© Ildelfonso Arenas, 2014

© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6275-6

Impreso en Nexus/Larmor

Depósito legal: B. 6261-2014

Impreso en España

Para Margarita

«Todo aquello que sofoca la individualidad,
sea cual sea el nombre que se le dé, es despotismo.»

John Stuart Mill

El autor prefiere, para los nombres propios de personas y lugares, acogerse a la práctica usual de los cuerpos diplomáticos, la de trasladarlos al papel, cuando se trate de textos oficiales o notas verbales, tal y como se formulan en su lengua original.

Índice

I – París, primavera de 1836	15
II – Ratiborschitz, verano	59
III – Karlsbad y Viena, otoño	81
IV – Italia, invierno de 1836-1837	115
V – Ratiborschitz, primavera y verano	201
VI – Löbichau, otoño	247
VII – Cannes, invierno de 1837-1838	283
VIII – Viena y París, primavera	325
IX – Londres y Praga, verano	379
X – Berlín, otoño	423
XI – Carresse, invierno de 1838-1839	441
XII – El Donau, primavera	523
XIII – Zaháň, verano	543
XIV – Viena, otoño-invierno de 1839-1840	557
Notas	631
Bibliografía	635

Capítulo I

PARÍS, PRIMAVERA DE 1836

Me llamo Libuše. Libuše Absolonová. Nací en Praga dentro de poco hará diecinueve años, el 16 de junio de 1817. Soy checa, pero si algo sabemos los checos es que no es bueno decir que somos checos, porque no está bien visto en Viena, la capital del Imperio. Es más prudente decir que nuestro país es Austria, o mejor aún el Österreich, el indivisible Imperio austríaco. Por otra parte, tampoco soy *demasiado* checa. Días después de nacer volví con mi madre a Zaháň, en Schlesien –Silesia–, que por entonces ya era Preußen –Prusia–, y ahí estuve hasta los cinco años para luego marchar a un internado de Viena, de donde salí días antes de cumplir diecisiete. Soy la tercera de ocho hermanos y la mayor de las tres chicas. Desde 1827, cuando nació Gosia, no tengo madre. Aun así la tengo presente; no porque posea una memoria excepcional, que la tengo, sino porque le debo una enseñanza inusitada, muy rara; es la causa de que hoy esté aquí, en París, y pueda comenzar a escribir estas páginas que no sé adónde llegarán, ni si alguien algún día las leerá. Probablemente no, pero si algo he aprendido de los que saben de literatura es que quienes escriben lo hacen más por ellos mismos que por los demás, o por pensar en los demás. Es el placer de escribir lo que les mueve, o lo que

nos mueve, y de ahí que apenas nos importe lo que pase con nuestras palabras. Lo normal, lo inevitable, será que acaben tan olvidadas como yo misma, pero es mejor no pensar en eso porque si lo hago se me lleva la tristeza, y cuando es ésta la que manda no sólo se me van las ganas de pensar, sino que ya no valgo para nada.

Mi padre es un buen hombre. No es muy listo, aunque casi es mejor que no lo sea, porque mi vida, de no ser él como es, habría sido una vida con madrastra y bien sé que éstas son peores que las de simples huérfanas. Él y mis tíos son checos, de los emigrados a Schlesien cuando aún era parte de Austria y que después, al llegar los prusianos, se vieron en una tierra de nadie donde la consciencia de ser súbdito de alguien, de quien fuera, no tenía importancia. La tenía comer todos los días, y en Sagan, o Zaháň como decimos los checos, no se comía mal. Un día de 1795 se les dijo que los amos, los Lobkowitz, habían vendido la propiedad a los Biron, una familia del Báltico. Eran señores de Kurland, un ducado inmenso situado al norte de Letonia y en perpetuo riesgo de ser engullido por Rusia. Tras unos meses de inquietud volvió la calma, tras comprobar que no pasaba nada, que no había cambios, pero dos años después sucedió lo que se temía, que los duques de Kurland se quedaban sin Kurland y se mudaban a Sagan-Zaháň. El duque, muy mayor, no parecía que fuese a durar mucho. La duquesa, más joven, se comportaba como si ya estuviera viuda; en cuanto a las princesas –las hijas de los duques, en Prusia, son princesas– no parecían encantadas de la vida, o eso decía mi aprensiva madre; no era que Zaháň les gustase poco, era que lo aborrecían; querían irse, a Berlín o adonde fuera, y en cuanto pudieron lo hicieron. Los míos tuvieron suerte, porque la confianza que

de siempre les tuvieron los Lobkowitz la vieron extendida. Mi padre, mozo de cuadra del palacio Wallenstein, donde vivían los amos, pasó a ser caballerizo mayor, lo que todavía es. Ha demostrado a la familia una fidelidad irreprochable, la misma que ya le ofrecen mis hermanos. Cuidó la casa dentro de lo que humanamente fue posible de 1806 a 1813, los años de la ocupación francesa, y tanto antes como después contribuyó lo que pudo a la prosperidad general. Sirvió bien al duque Peter durante los años que aún vivió, igual que sirve a su hija mayor, la princesa Wilhelmine, desde que se convirtió en duquesa de Sagan el año 1800 –sólo tenía diecinueve– hasta este 1836.

Los duques y sus hijas se trajeron de Jelgavã, la capital de Kurland, a sus sirvientes personales. Las mayores tenían edad para tener sus propias *primeras doncellas*, pero el caso era que aún no tenían. Quizá sucediera que a las tres, tan malcriadas como podían ser las princesas herederas de una de las mayores fortunas europeas, la tosca oferta local de Jelgavã –por allí sólo había letonas y polacas, o eso murmura Hannchen con desprecio de casta; el nuestro, el de los sirvientes, es aún más feroz que el que puedan tenerse los amos–, no les entusiasmase. Fuera por lo que fuese, Wilhelmine y Pauline, las mayores, al poco de llegar se hicieron con sendas doncellas checas de su misma edad o poco más, que aún siguen con ellas. Su *status* es de *primeras doncellas*, aunque son más que eso. Hannchen no se alejó de Wilhelmine ni para dar a luz, sin por ello haber renunciado a su propia familia. Su hija, la que tuvo en 1813, también trabaja para la duquesa, pero no aquí, en la *corte ambulante*, sino en Náchod. No por ser madre dejó de ser la persona de mayor confianza de su ama, y aún más desde que su marido falleció, ha

ce ya mucho. La de Pauline es mi tía Andrea, que nunca se casó y que ni uno solo de sus días ha estado lejos de la princesa Hohenzollern-Hechingen, la cual dudo sea capaz de respirar de no tenerla bien a mano. Andrea es, además de todo lo que pueda ser en esta vida, la primera razón de que yo esté aquí; la otra es lo que aprendí de mi madre.

Un día de verano del año 1821, el último que la duquesa Dorothea y sus tres hijas mayores pasaron en Löbichau, un *schloss* perdido en los bosques de Thüringen y que desde muchos años antes era la propiedad favorita de Dorothea von Biron, *née* Medem –allí fue donde murió, a finales de agosto–, mi tía comentó a su señora que su hermano, el capataz de cuadras de Zaháň, tenía una hija que le había salido listísima, tanto que a los cuatro años no sólo hablaba checo, polaco y alemán, sino que además jugaba bien al ajedrez. La princesa Pauline, que tiende a ser distante, sólo mostró una cortés indiferencia, pero el hecho fue que lo comentó a su hermana la duquesa Wilhelmine, y a ésta, bien lo sé yo, no hay nada que se le borre de la memoria si le llama la atención. Así, semanas después, estando en Zaháň para sepultar a su madre en la cripta de la Wieża Kościoła Poewangelickiego –si bien el alemán era el idioma oficial en Schlesien, y los checos seguíamos hablando checo entre nosotros, la mayoría de la gente no se salía del polaco–, la única iglesia protestante de la ciudad, hizo que la mía me llevase a su presencia. Conservo un recuerdo brumoso de la escena, ya que sólo era una mocosa de cuatro años, pero los detalles los tengo claros, al menos los que mi madre me repetía y repetía –debió de ser uno de los acontecimientos más emocionantes de su pobre vida– las pocas veces que nos vimos desde que marché al internado hasta cuando murió, cinco años después.

La duquesa estaba sentada tras una mesa de ajedrez. No recuerdo cómo era, ni qué vestía, pero conservo mis impresiones; la principal, la más fuerte, que jamás había visto una señora tan deslumbrante, tan guapísima.

–¿Cómo te llamas?

Lo preguntó en alemán. Aunque no fue una conversación larga se las compuso para mezclar los tres idiomas que le habían dicho hablaba yo: alemán, polaco y checo. No lo sabía entonces, pero la duquesa Wilhelmine habla con toda perfección francés –la lengua de *la casa*; entre nosotros podemos hablar en lo que nos dé la gana, pero con *ella* delante sólo en francés, salvo Hannchen, con la que acostumbra secretar en una oscura mezcla que sólo entienden ellas–, alemán, inglés, ruso, checo, polaco, eslovaco, ilírico, veneciano y toscano. Hannchen dice que también habla latín, pero que lo desprecia con el mismo desapego con que se refiere a todo lo manifiestamente inútil.

–Libuše, alteza.

Creo que también hice algo así como una reverencia, la que se supone deben hacer las hijas de los sirvientes más humildes a las duquesas dueñas de sus vidas.

–¿De verdad sabes jugar al ajedrez?

Esta vez me preguntó en checo. Asentí. Tenía orden de no contestar así, de siempre usar las palabras, pero era una niña demasiado pequeña. Por otra parte, mi madre no había entrado. Sólo estábamos la duquesa, Hannchen y yo.

–Muy bien. Coloca las piezas.

Señalaba una caja. No eran piezas como las muy toscas de mi madre. No sabría decir por qué, pero eran distintas, además de que pesaban mucho. Sólo años después supe que no eran de madera, como las nuestras, sino de marfil.

La mesa estaba mal orientada. En lo primero que se nota si alguien juega o no al ajedrez es si acepta que el escaque de la izquierda más cercano a él sea blanco; si lo hace, ya está claro: no tiene ni la menor idea. Quizá la duquesa no lo supiera, pero también podría ser que aquello fuera una forma de valorarme. Yo, en realidad, no sabía nada, salvo que las fichas había que colocarlas bien, de modo que las puse bien: atravesadas a la posición de la duquesa, la cual me pareció que sonreía.

—¿Por qué las pones así? ¿Es que quieres que me levante?

No contesté, porque no sabía dialogar con altezas. Me limité a señalar con el dedo la posición del cuadro negro más cercano a la duquesa, y esta vez sí que sonrió, o eso le contaría Hannchen a mi madre. Quizá también le dijo que fue ella quien hizo girar la mesa, de modo que las blancas quedaran del lado del ama. Tras eso sólo quedaba que hiciera ella el primer movimiento, y lo hizo avanzando dos escaques su peón de dama. Yo no dudé; moví mi caballo de la izquierda para dejarlo en el primer escaque por delante de mi peón de alfil de rey. Fue un movimiento automático, de los que se hacen sin pensar. Lo había hecho tantas veces jugando con mi madre que ni se me pasaba por la cabeza que pudiese haber más.

La duquesa se me había quedado mirando, seria pero no severa, ni enojada. O no me lo parecía.

—¿Sabes cómo se llama eso que acabas de hacer?

Lo preguntó en alemán. Yo contesté igual, sin vacilar.

—Rösselsprung.

No dijo nada. Seguía mirándome, sin más. Al cabo de un tiempo que no sabría decir cuánto fue, avanzó un par de casillas su peón de alfil de dama. Yo respondí moviendo

un escaque mi peón de caballo de rey. Preparaba lo que mi madre me había dicho se llamaba *enroque corto*, aunque no sabía –lo supe años después– que con aquello iniciaba, cuando menos en el mundo de los que saben jugar bien de verdad, un *fianchetto*.

–Suficiente. De verdad que juegas muy bien, Libuše.

Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Tampoco tenía tiempo para mucho más que una reverencia, porque Hannchen me cogía de la mano y me devolvía, con prisas, adonde me aguardaba mi madre. Las vi cuchichear un minuto, y luego nos dejó solas. Mi madre no dijo una palabra, pero me pareció que sonreía con una cierta cara de satisfacción, y después ya no me acuerdo de nada, salvo que meses después mi padre me hizo subir con él a un viejo carruaje de servicio, el que cada quince días hacía la ruta Zaháň-Náchod-Praga-Viena, tras despedirnos de mi madre y de mis hermanos.

La duquesa, lo comprendí con el tiempo, no tenía el corazón tan de piedra como dicen los muchos que la detestan, o la temen, o la odian. Ni siquiera es tan distante como sus hermanas. Es posible que con los años se haya vuelto un punto agria, y que sobrelleve la pérdida de la juventud –tiene cincuenta y cinco, que no son tantos– con menos entusiasmo del que preferiríamos los que trabajamos en sus casas, pero a pesar de sus puñeterías es una mujer muy buena, y muy generosa. Lo demuestra, entre otras cosas, su interés por las niñas desamparadas. No sólo tiene cuatro hijas adoptivas –una ya murió, con diecisiete años–, sino que se preocupa de unas cuantas más, repartidas entre sus propiedades de Schlesien y de Böhmen –Bohemia–, y además se preocupó de mí, aunque prefiero dejarme para el final. La más encofetada de sus adoptadas fue consecuencia de un desliz de

su hermana Pauline, una de las fastidiosas *maladies de neuf mois* que acechan a las señoras y señoritas de la mejor sociedad a poco que se les vaya la cabeza, que no el corazón. A Pauline le atacó tras separarse de su marido, el Fürst –príncipe– Hohenzollern-Hechingen. El accidente se debió a un francés *emigrée*, Louis-Victor de Rohan-Géméné; casi todo el mundo le confunde con otro Rohan-Géméné, su hermano Jules-Armand, y no sólo por parecerse, sino por haber estado éste casado de 1800 a 1805 con la duquesa Wilhelmine, formando un matrimonio triangular con el General von Armfeldt que hizo las delicias de las cortes europeas; murió hace quince días, por cierto, lo cual a *ella* no le alteró la expresión ni lo más mínimo, de tan olvidado como le tenía. Fuera como fuese, la consecuencia del idilio fue una niña muy bonita –es igual que su madre, realmente preciosa pese al sello de las Von Medem, un caballete que unas tienen más marcado que otras pero del que ninguna se libra– y que Wratislaw, el abogado de la duquesa, inscribió en Viena como Mary Wilson, a secas; meses después *ella* consiguió que, por orden de su primo Friedrich-August, el rey de Sachsen –Sajonia–, Mary fuera registrada en Dresden con el más aristocrático apellido Von Steinach, tirando el Wilson a la basura. Como tal Mary von Steinach la hizo hija suya de modo legal –sin derecho a heredar las posesiones que le dejó el duque Peter; según su testamento, si Wilhelmine no tuviera descendencia *de sangre*, y a sus años es imposible que la tenga, la heredera sería Pauline, o sus hijos, aunque si no los hubiera tenido los bienes principales, los feudos de Zahán y Náchod, pasarían a Dorothée, la cuarta hermana, y es que a Johanna, la tercera, la desheredó días antes de morir–, la cuidó tan devotamente como habría hecho con su propia hija, empezando por ma-

tricularla en el mejor colegio de Viena, el de Madame de Brévilliers, y en su momento le buscó un marido que no está mal del todo, el Graf –conde– Fabian zu Dohna-Schlodien, con quien la casó hace siete años en su mansión de Ratiborschitz, con el que desde hace tres ya tiene un hijo y con quien espera otro este otoño –amenaza con parirlo en Zaháň–; no es de los condes más ricos, ni más apuestos, pero sabe ganarse la vida; con eso, y gracias a la tremenda dote con que la duquesa redondeó el atractivo de la novia, viven bien, aunque Hannchen sospecha que no tanto como quisieran y que, aprovechando el parto, van a ver si consiguen que la duquesa prohíje a lo que venga, con efectos en caja. No sé para qué me lo cuenta, porque me tiene sin cuidado lo que haga *ella* con su dinero, pero tampoco le pongo cara de «a mí no me aburras con esas tonterías», no sea que deje de contarme las que sí me interesan.

Hannchen dice que la segunda de sus adoptadas es a la que más quiere, porque fue la primera que tuvo en sus brazos. Es mayor que Mary –nació en 1801–, y no es la consecuencia de otra *maladie de neuf mois* de sus hermanas –todas han padecido alguna en un momento u otro de sus vidas; Wilhelmine, también–, sino de un desliz de un hijo de su padre. Sucedió que el duque Peter no tuvo descendencia legal hasta su tercer matrimonio –su primera hija, Wilhelmine, nació cuando ya tenía cincuenta y seis–; si bien no había tenido suerte con las antecesoras de Dorothea von Medem sí la tuvo en otras camas. En una muy aristocrática engendró un niño que con los años sería conocido por Freiherr –barón– von Gerschau. Wilhelmine le quería mucho, tanto que no dudó en echarle una mano cuando se le presentó con una preciosa recién nacida, hija suya y del pecado, de quien la

madre no quería saber nada porque tenía la reputación en juego. Él ya le había dado su apellido, pero el caso era que necesitaba buscarle una madre porque ansiaba casarse con otra, y ésta, un fortunón danés, no aceptaría que viniese con bebé. Wilhelmine, más compadecida de la niña que del padre, se la quedó, aunque no la pudo adoptar hasta siete años después; esto fue lo de menos, pues lo que cuenta es que Emilie von Gerschau no tuvo más madre, a efectos prácticos, que su tía Wilhelmine, la cual, en el momento de abrirle sus brazos, llevaba el corazón tan rebosante de un amor maternal al que no podía dar salida como sus pechos de una leche que tampoco podía ser ordeñada, y es que acababa de dar a luz a su propia *maladie de neuf mois*, una niña que sobre la marcha traspasó a unos primos del padre, el General von Armfeldt, y a la que durante toda su vida quiso recuperar, sin suerte, porque todavía hoy, treinta y cinco años después, Gustava, que así se llama, se niega en redondo a verse con *ella*. Emilie, a efectos prácticos, ocupó el lugar de Gustava, y ésa debe de ser la razón de que sea la favorita de la duquesa. La llevó al mismo colegio que a Mary –el que habría querido para ella misma; en ocasiones se lamenta de haber recibido una educación incompleta, la propia de las princesas, impartida por religiosos, *nannies* e institutrices que de Cristos, modales e idiomas sabrían horrores, pero de agricultura, geografía, economía e ingeniería ni media palabra– y a su debido tiempo le buscó un marido, un Daniel-August von Binzer que sería el primer intelectual de la tribu Von Biron. Se casaron en 1822, de un modo tan apasionado que a los siete años ya tenían cinco hijos. Llevan una vida nómada, cosa que la duquesa resiente porque le gustaría tener a Emilie más a su lado, pero el caso es que así ella y su

marido son felices, quizá más que si vivieran cerca de la que consideran en extremo dominante –lo es; doy fe–; viéndose sólo de vez en cuando consiguen llevarse bien, lo que no es poco siendo la duquesa como es.

De la tercera no sé nada. Se llamó Clara Bressler y la perdió en 1818, recién cumplidos diecisiete, viajando por Italia. De la cuarta y última, Luise Segnoret de Villiers, menos aún, salvo que la casó con Friedrich Piattoli, que así se llamaba el hijo del amor que Jeannette había parido veintinueve años antes, dando a su padre un disgusto tan monumental que, según Hannchen, fue lo que le abrió la fosa. Los Piattoli eran una pareja de cultura superior a sus medios que vivían cerca de Löbichau; con el dinero que les pasaban primero la duquesa de Kurland y a su muerte la de Sagan, dieron a Friedrich –*Fritz*– una buena educación, y en su momento mi señora concedió una gran dote a la tal Luise para que tuvieran una vida razonable, demostrando una vez más que quizá no sea la mujer más cariñosa del mundo, pero sí de las más generosas.

No sé mucho de las no adoptadas, ni de las prohijadas; sólo que hay unas cuantas, todas hijas de su servidumbre, repartidas entre Zaháň y Náchod –Ratiborschitz está en el condado de Náchod; sólo si se ha estado ahí es posible hacerse idea de su inmensidad, la de contener ciento quince pueblos, aldeas y caseríos que suman entre todos veinte mil *vasallen*–, a las que vigila de lejos, pagando un dinerillo a sus padres para que las alimenten bien y no pongan reparos a que se ilustren algo más de lo que les corresponde por origen. El propósito no es formar unas consumadas aristócratas a las que algún día conseguir una gran boda, sino contar en su momento con una nueva generación de sirvientes algo menos bestias

de lo que incluso Hannchen es a fin de cuentas. La que más cerca está de incorporarse a nuestra *troupe* es una chica de Náchod, hija de fregona y cochero, que se llama Barbora Panklová. Según Hannchen es bastante lista, más de lo usual, y eso será bueno para ella porque la duquesa detesta rodearse de idiotas. También es fruto de una *maladie de neuf mois*, una de la cuarta hermana –o hermanastra, que la madre de las Von Biron, la difunta Herzogin von Kurland, también se las traía–, pero a diferencia de lo que ocurre con Mary von Steinach, que su madre verdadera la trata con naturalidad, Dorothée se pone de los nervios sólo con que alguien pronuncie su nombre; conociendo los usos de la duquesa eso le ha privado de un destino tan placentero y agradable como el de Mary o Emilie, pero nadie se plantea lo que pueda tener eso de injusto, y *ella* la que menos.

Yo llegué a su casa, en Viena, con casi cinco años. El palacio Palm, donde vivía, es un caserón enorme que apenas vi, porque la duquesa planeaba una vida de viajera que durante diez o doce años, no sé cuántos exactamente, haría que rara vez cumpliera un mes en un mismo lugar. Se acababa de casar con un Graf von Schulemburg varios años más joven, y en el momento en que llegué a su casa o a su circo, que no estoy segura de cómo definirlo, se hallaban en lo mejor. Un *lo mejor* donde yo debí de ser algo de lo que se arrepintió nada más verme, sucia, pequeñita y tímida. Creo que no llegué a dormir una noche allí, en el Palm. Durante un tiempo que no recuerdo –a los cinco años qué cosas se recuerdan– fui de casa en casa, cuidada por sirvientas y fregonas, pero un buen día llegó el gran cambio: su abogado, el Graf Wratistlaw, me llevó al colegio de Madame de Brévilliers; un colegio, en realidad, del tipo dos en uno. El principal era una

escuela de suma distinción donde las alumnas pertenecían a lo mejor de la sociedad. Ninguna vivía con nosotras, en el internado. Madame no quería complicarse la vida con asuntos de hospedería elegante. Sus alumnas *de categoría*, incluso si no eran vienesas, debían contar con sus propias residencias, y si no les era posible que se quedaran en sus pueblos, pues ella no aceptaba hospedarlas; en todo caso, y sin contraer ninguna responsabilidad, les buscaba casas acordes con su posición, aunque sin pasar de ahí. Las internas le preocupábamos menos, pues éramos de otra casta. Se notaba en lo espartano de nuestras instalaciones; no lo resentía, pues venía de un establo, aunque algunas de las mayores recordaban tiempos mejores, lo que cristalizaba en no pocos sollozos nocturnos, evocadores de vidas preferibles. Sin duda se pretendía que no nos creyéramos, porque además de nuestra función esencial, estudiar y aprender, también debíamos limpiar, fregar, barrer, planchar, lavar, coser y cocinar. Y obedecer. El propósito era que nos hiciéramos unas excelentes primeras doncellas, dignas de servir en casas de princesas, duquesas, marquesas y condesas. De ahí venía que ciertas materias, como arte, historia y filosofía, no se nos explicaran en detalle, mientras que otras, las prácticas, las que se ceñían a nuestro destino en esta vida, se nos impartían con seriedad e intensidad, empezando por los idiomas –el alemán oficial y el francés de las grandes casas; checo y húngaro de ninguna de las maneras, pese a que casi todas éramos checas o húngaras– para seguir con la cocina, la costura, la limpieza y la economía doméstica, en este caso al nivel suficiente para llevar una gran casa, que no se pretendía que saliéramos de allí siendo agentes de cambio y bolsa, pero sí unas eficaces amas de llaves.

Pese a que las aulas estaban en el mismo edificio no teníamos trato con las *externas*, como piadosamente las denominaba el profesorado; las veíamos asomándonos medio cuerpo fuera de las ventanas; sólo compartíamos algún profesor y unas pocas profesoras; las cosas que aprendían ellas eran de una naturaleza tan noble y compleja que una mujer no las sabría explicar; en cambio, las correspondientes a nuestra humilde condición resultarían impropias si las predicase un varón; ahora que lo pienso, el único caballero que indistintamente se mostraba en uno y otro lado del edificio era el sacerdote. Las externas no se confesaban allí, pero nosotras sí. Era obligatorio, además. La esencia de nuestro destino reposaba en la sumisión, y para insuflar tan práctica virtud no hay nada como la religión. Da igual cuál, porque a los efectos de mantener apaciguados a los humildes, y sobre todo a *las humildes*, todas son iguales.

Permanecí con Madame desde los cinco a los diecisiete. Cuando la duquesa me reclamó –en los doce años de internado no la vi una sola vez– tenía los mejores títulos para ser una buena *primera doncella*, pero no se me había olvidado el ajedrez. Entre mis iguales no tenía con quien jugar, pero el sacerdote, que pese a serlo no era mala persona, de vez en cuando me dedicaba una hora o dos, hasta que un buen día se hartó de que le ganara. Temí haberme quedado sin oponente, pero fue un temor infundado, porque al poco apareció un señor de cierta edad para ofrecernos una clase opcional: ajedrez. No necesito decir que la única que se apuntó fui yo, y así comencé a vérmelas con alguien que sí sabía jugar, al punto que de vez en cuando, y una vez tuvimos una cierta idea de nuestras respectivas habilidades, me ofrecía tablas y yo las aceptaba, por el temor de volver a quedarme sin nadie

con quien practicar. En cuanto a las demás ocasiones, que venían a ser cuatro de cada cinco, le barría, cosa que, dados mis ocho-nueve años, le sacaba de quicio, hasta que un día también desapareció. A este tipo siguieron otros, cada vez mejores como jugadores, aunque con un sello común: a las diez o doce veces de vérmelas con ellos sucedía una de dos cosas: que los aplastaba o que, por prudencia, les aceptaba tablas. No quisiera mostrar aquí, hablando conmigo misma, una soberbia que no siento; el ajedrez, a mi entender, es como pintar: si no has nacido con un talento innato del que no tienes la culpa, por mucho empeño que pongas nunca conseguirás otra cosa que guarrear lienzos; ahora, si lo tienes, y lo desarrollas, puedes llegar a ser un genio. El ajedrez llegó a mi vida tan pronto que lo aprendí como a correr o a montar; nunca tuve que comprenderlo, porque las piezas tomaban vida en mi mente y las veía moverse sin poner nada de mi parte. A eso se debía que ganara con facilidad a cada nuevo profesor que aparecía como por arte de magia. En las primeras partidas me mostraban su arte, lo que otros les habrían enseñado, y me ganaban, porque las aperturas tienen mucho de ciencia codificada, la que se aprende de terceros. Ese valor diferencial les duraba lo que tardaba yo en sorbérselo como un vampiro del tablero, lo que rara vez me tomaba más allá de dos docenas de partidas. Desde ahí todo se volvía una triste monotonía: siempre, siempre, los trituraba.

Mi pupilaje concluyó días antes de cumplir diecisiete. Lo supe cuando se me ordenó recoger mis cosas, porque venía un coche para llevarme a la presencia de la duquesa de Sagan. Me preocupaba que no me reconociera, porque me había desarrollado al completo; debo explicar que las campesinas de Niederschlesien –Baja Silesia– suelen ser no mu-

cho más altas que anchas, de hombros robustos y fornidos, manos fuertes aunque sabañónicas, y aspecto general de bestias de carga, nobles pero brutas. Las enseñanzas de Madame alcanzaban al aspecto personal, pues una *primera doncella* no debía presentar el de un leñador, pero no influían en lo que se llevaba debajo de la ropa. Sigo sin saber a qué se debió el milagro que la naturaleza o Madame obraron en mí, porque mis hermanas son campesinas arquetípicas; las únicas explicaciones que se me ocurren parten de una alimentación más racional y una mejor protección contra los elementos, pues no sólo era la más alta de mis hermanas y mis primas, y que casi todos mis hermanos, sino que la proporción de mis formas es más estilizada de lo que se habría considerado en Zahán prueba irrefutable de que me daban mal de comer. En cuanto a mis facciones, no me parecían mucho mejores que las de mis compañeras de internado, aunque quizá me confundiera, porque según Madame sentenció semanas antes, cuando me puso en antecedentes de que mi vida estaba por cambiar, saldría de su casa con derecho a pensar que un marido sí que me saldría, pero que no debería conformarme con lo primero que me ofrecieran. Con suerte, hasta podría pensar en un mayordomo de Gran Casa, o incluso de Corte, que algunos no eran mariquitas. En otras palabras, el nivel más elevado de nuestro universo singular, el de los hombres y las mujeres que viven para servir a la gran aristocracia.

La duquesa estaba en su vestidor, con Hannchen, eligiendo joyas. Ya me habían dado de comer y hasta sabía dónde dormiría –con otras tres chicas, en un cuartito del último piso; nada, en resumen, a lo que no estuviese acostumbrada–; no me atormentaba la impaciencia; doce años

de pupila me habían insuflado un fatalismo que resultaba cómodo en el asunto de ir tirando, así que cuando una tercera doncella vino a buscarme a la inmensa cocina la seguí sin nerviosismo. Dado que lo que fuese a suceder estaba escrito, no había razón para sufrir nada que no fuese una razonable curiosidad.

No sé si me reconoció, o si sólo sucedía que Hannchen le había explicado cómo era yo. Lo que hizo fue mirarme de arriba a abajo. No pareció disgustarle lo que veía, pero no se deshizo en aplausos. Debía de ser lo mismo con lo que contaba.

–Eres más alta de lo que suponía. Mucho más –no creí que debiera decir nada, y no lo hice–. ¿Sigues jugando al ajedrez?

–Sí, *hoheit* –alteza.

Me pareció que se pensaba las palabras, como si dudara entre seguir con la conversación o dejarlo para luego, aunque quizá sólo fuera que tenía mejores cosas que hacer.

–Hannchen –se había vuelto a la quintaesencia de las primeras doncellas–, que se vista mejor. Parece una ursulina.

Se volvió hacia el espejo, dando la reunión por terminada. Hannchen me hizo un gesto de «quédate ahí fuera», y lo cierto fue que no lo hice mucho tiempo, pues al minuto estaba conmigo. Me miraba con aprobación, la de haber visto que no me ponía nerviosa, ni que tampoco me quedaba sin saber qué decir. Si algo era incompatible con la filosofía de la duquesa, no tardó en hacérmelo saber, era comportarse como una idiota, y lo peor era que rara vez *seiner hoheit* concedía una segunda oportunidad de hacer ver que no se era tonta de solemnidad.

–¿Deberé ponerme un uniforme?

–No. Te habrás fijado en que las segundas y terceras doncellas van de blanco y llevan cofia, pero no será tu caso, como no es el mío –sólo entonces me daba cuenta de que jamás había visto a Hannchen uniformada–; la duquesa quiere que sus personas de confianza vistan de un modo que les permita tratar a las visitas desde posiciones, si no de igualdad, sí de no manifiesta inferioridad, de modo que les sea posible hablar con ellas, siempre y cuando ella quiera que hablemos con ellas, lo cual no siempre se detecta con facilidad, aunque aprenderás.

–¿Yo soy persona de su confianza?

Mi tono era de incredulidad. Una cosa era que la duquesa llevara doce años prohibiéndome y otra que me distinguiera con algo que yo no estaba segura de merecer. De ahí que comenzase a sentir un explicable temor a meter la pata.

–Todavía no, pero tenemos esperanzas.

Me lo quedé pensando, aunque no mucho. La curiosidad, una vez desbordada la primera barrera –la de «quítate toda esa porquería», complementaria de vernos en un vestidor adonde no sabía cómo habíamos llegado–, se abrió paso a borbotones.

–¿Qué se supone debo hacer? ¿Cuál será mi trabajo?

–Ya te lo explicará ella. Hueles mal, ¿sabes? A sudor muy rancio. Habrás de lavarte más, porque aquí eso no se tolera.

Me ruboricé. La higiene personal no era de los vicios más extendidos en el internado, y allí, además, nadie se quejaba de las miasmas de las demás, ya que todas olíamos igual. Intenté defender mi posición explicándolo a la indiferente Hannchen, entretenida en franquearme la puerta de un cuarto donde nos aguardaba una bañera rebosante.

–Adentro, venga.

Estaba por obedecerla, pero algo no iba bien, ya que la veía fruncir el ceño; el gesto de verse ante toda una calamidad.

–No irás a bañarte con todo eso encima, ¿verdad?

Señalaba mi abigarrada ropa interior. Llevaba tanto tiempo conmigo, y más exactamente sobre mí, que dudaba pudiese desprenderse de mi piel sin necesidad de violencia física. Por si eso no bastaba quedaba el asunto del pudor. No es que yo padezca mucho, pero lo cierto es que salvo mi madre nadie me había visto desnuda, cuando menos del todo; por partes puede que sí, que así era cómo nos aseábamos en el internado, a parcelas y siempre cubriendo la primera cuando la emprendíamos con la segunda, pero el gesto de Hannchen indicaba que allí, en el palacio Palm, las políticas higiénicas eran radicales.

–Me da vergüenza.

–Pues te aguantas. Te pasa lo que a todas las que llegan de sus pueblos, que nadie les ha enseñado a ser limpias. Bien, pues será lo primero que aprendas.

Lo decía empuñando con gesto serio algo que recordaba de un modo muy ominoso a un estropajo de aluminio. Mi destino estaba escrito, me dije regresando a mi apacible fatalismo al tiempo de decir adiós, intuía que para siempre, a la más íntima de mis prendas, de la cual no me atrevo a decir que huyese reptando por el suelo, aunque poco debió de faltarle. Definitivamente, Hannchen me mostraba un mundo nuevo.

* * *

La duquesa estaba en su biblioteca, vestida como para recibir al Kaiser –raro era el mes en que no le veían por allí, me ha-

bía dicho Hannchen un par de horas antes, al desayunar-, examinando pensativa una de las estanterías. Como no tenía instrucciones de cómo proceder me quedé a distancia, en espera de que la deidad, pues para mí lo era, dijese algo. Mientras lo hacía la estudiaba. No era muy alta, por no decir que tiraba un tanto a bajita. No estaba gorda, pero tampoco inaceptablemente flaca. Sin ser pechugona no era una duquesa planchada, y a juzgar por la caída del vestido –una preciosidad– estaba bien equipada para sentarse. Un conjunto impactante para una mujer de cincuenta y tres años, los cuales sólo asomaban por unas bien disimuladas patas de gallo en las comisuras de los ojos, así como por una papada todavía incipiente. Lo peor eran los papos que se le iban formando en la divisoria de las mejillas con la barbilla. El balance general, aun así, era estupendo; para sus años, la duquesa era, si no una belleza, sí una dama imponente.

–Siéntate –señalaba un sofá de aspecto incómodo mientras se dejaba caer en un butacón más sugerente–. Estás mejor con eso –me apuntaba con el dedo, aunque no a mí, sino a un vestido blanco de corte impersonal y talle alto que Hannchen había sacado de no sé dónde; la mujer, o la chica para la que se cosió, debía de tener una figura como la mía, si bien yo le sacaría unos cuantos dedos, exactamente los mismos que debería extenderlo tras descoser el bajo para que me cubriese los tobillos–; aún te falta para tener un aspecto presentable, pero ya llegaremos ahí. Ahora te voy a explicar lo que quiero de ti.

Hasta ese momento hablaba en alemán, pero a partir de ahí ya no se salió del francés. Vocalizaba con pausa y suavidad, determinando al tiempo si le seguía o no, si comprendía o no, aunque no porque me preguntase, sino especulan-

do sobre la cara que ponía, la cual yo intentaba, temo que sin conseguirlo, que no se viera demasiado afectada por el susto.

–Quiero que seas mi *lectrice* –conocía el significado: *lectora*; en el internado nos habían explicado que las clases altas, pero altas de verdad, seguían sirviéndose de *lectrices*, aunque la revolución del 89, la que dejó a Marie-Antoinette sin cabeza, se llevó a casi todas por delante, no porque la gente fuera más capaz de leer por sí misma, sino por reducir gastos, ya que las buenas *lectrices*, las que leían en alemán, inglés y francés, y traducían si se daba el caso, salían por bastante más que las *primeras doncellas*–; hasta no hace mucho, dos o tres años, ni me planteaba que alguien leyera para mí, pero el caso es que leer cada vez me cuesta más. Necesito mucha luz, demasiada para lo que da eso de sí –señalaba un candelabro, con cierto desmayo–, y aunque me han hecho estos quevedos –los agitaba como a una carraca– el caso es que no los soporto, por lo que pesan y por lo vieja que me hacen, y vieja, lo que se dice vieja, todavía no lo soy. O no lo quiero ser. Así pues, ésa será tu ocupación. Me leerás no sólo libros, sino también los periódicos, y hasta es posible que algunas cartas, que hay caligrafías que ni un murciélago sería capaz de descifrar. Dado que yo leo cuando me apetece, deberás estar siempre a mano, de día y de noche. Será una vida itinerante, porque viajar es lo que me más gusta en este mundo y tú irás conmigo a todas partes. En el supuesto de que te interese lo que te acabo de ofrecer, por supuesto.

Respondí sin dudar, íntimamente aliviada, porque había esperado el último escalón de la servidumbre, del estilo de ser la que le limpiara el culo, si no algo aún más degradante.

–Claro que me interesa, *altesse*.